Elie Kedourie

Nacionalismo

Presentación y traducción
de Juan José Solozabal

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Nationalism. 4th Edition*

Todos los derechos reservados. Se autoriza la traducción del inglés de la edición publicada por John Wiley & Sons Ltd. La responsabilidad de la exactitud de la traducción corresponde exclusivamente a Alianza Editorial y no hay ninguna responsabilidad por parte de John Wiley & Sons Ltd. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ningún modo sin el permiso por escrito del propietario del Copyright, John Wiley & Sons Ltd.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Elie Kedourie, 1960, 1961, 1966
Editorial Foreword © Sylvia Kedourie, 1993
© de la presentación y traducción: Juan José Solozabal Echevarría, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-9734-5
Depósito legal: M. 212-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Presentación, por Juan José Solozabal

19 Nota editorial, por Sylvia Kedourie
23 Introducción a la cuarta edición
33 Prólogo a la segunda edición
35 Prólogo a la primera edición

37 1. Un nuevo estilo de política
51 2. Autodeterminación
67 3. El Estado y el individuo
92 4. La excelencia de la diversidad
106 5. La autodeterminación nacional
144 6. Nacionalismo y política: I
177 7. Nacionalismo y política: II
206 Epílogo

217 Bibliografía complementaria
225 Índice analítico

Presentación

Si la sagacidad es una virtud que no se puede negar a este trabajo ni tampoco la brillantez, que coloca a este libro en primera línea de la mejor literatura «panfletaria» inglesa, me parece que el mismo no es un modelo de objetividad o en el que su autor adopte una posición de neutralidad exigible, según Weber, al científico social. Kedourie es claramente beligerante sobre el nacionalismo. Ni cree que la nación, entendida como grupo territorial culturalmente homogéneo, es una base de legitimación conveniente para las formas políticas, específicamente los Estados, ni juzga que el criterio de organización internacional más adecuado sea el que respeta las exigencias nacionalistas, ni piensa que la devoción nacionalista sea compatible con los postulados de libertad e igualdad para todos los ciudadanos propios de una idea de la política ilustrada o racional. Claramente Kedourie considera que el nacionalismo es una doctrina política divisiva, que fomenta el

imperialismo y las políticas opresivas contra las minorías, y que como sentimiento político conlleva frustraciones y sufrimientos. Kedourie no cree posible un tratamiento institucional del nacionalismo que no sea la independencia, y desconfía de las posibilidades de acomodación de las minorías territoriales en un Estado que no les confiera la preeminencia, de manera que hablar de «nacionalismo liberal» le parece una contradicción insuperable.

Y sin embargo, a pesar de su descalificación del nacionalismo, este libro contiene uno de los exámenes más lúcidos y estimulantes para su comprensión que jamás se haya escrito, y por ello *Nacionalismo* es una contribución imprescindible en el tratamiento de esta materia en la actualidad. Si, por extraño que parezca, la democracia constitucional ha sido desentrañada por un autor tan antiliberal como Carl Schmitt, otro tanto podríamos decir del significado de los libros de Kedourie, y de este en particular, sobre el nacionalismo, esenciales para el entendimiento cabal de este movimiento ideológico, y que, como digo, han sido escritos desde sus antípodas espirituales.

Lo que hemos llamado «beligerancia del libro», su clara hostilidad al nacionalismo, tiene que ver a mi juicio con dos importantes factores. Me refiero, en primer lugar, a las propias condiciones biográficas del autor. Elie Kedourie (1926-1992) pertenece a una familia judía iraquí exiliada como consecuencia de la llegada al poder del nacionalismo, tras el fin del colonialismo inglés. Nuestro autor cree que el *rule* británico contemporizó con el nacionalismo y no se preocupó demasiado por sentar las bases constitucionales de lo que debería ser el

sistema político iraquí tras la independencia. Estas convicciones de Kedourie le costaron el rechazo de su tesis doctoral cuando la presentó en la Universidad de Oxford (publicada como *England and the Middle East* en 1956) y determinó que la London School of Economics fuese su ámbito definitivo académico. En el ambiente de la London, en el que Michel Oakeshott tenía una preeminencia indiscutible –y que el lector puede apreciar en el libro imprescindible de John A. Hall, *Ernest Gellner: An Intellectual Biography*, 2010–, la pretensión desmitificadora del nacionalismo de Elie Kedourie encontraba una acogida comprensiva que favorecía lo que él propugnaba: entender el nacionalismo como un movimiento esencialmente intelectual o ideológico, vinculado por tanto a los esfuerzos de los *literati* que lo originaban. Nada que ver por tanto con su consideración como fenómeno superestructural en que pudiera pensar el marxismo o con su apreciación como exigencia de la industrialización o la modernización a la que ciertos sociólogos, comenzando por su colega Ernest Gellner, pudiesen verse inclinados. En el Epílogo que Kedourie añade en la edición de este libro en 1985, se emplea a fondo contra las objeciones que desde estas perspectivas pudiesen utilizarse para criticar su propia explicación del nacionalismo, pues las encuentra insuficientes, parciales y desmentidas por la propia historia.

En la literatura sobre el nacionalismo es constatable un cierto acuerdo sobre su noción o idea general; también es asumida con facilidad su imprescindibilidad en el universo institucional o político de nuestro tiempo. Pero, en cambio, el debate sobre las causas del nacionalismo no alcanza

ninguna conclusión, lo que se corresponde con la variedad de sus manifestaciones y con su propio significado, también plural, pues efectivamente hay «muchos nacionalismos».

Podemos, para entender de lo que estamos hablando, considerar el nacionalismo como una actitud o un sentimiento predominante en una sociedad territorialmente determinada, que se considera un grupo diferente que merece y necesita un Estado exclusivo. Es decir, una sociedad separable, distinguible territorialmente de las demás, en cuyo seno prepondera esta concepción de especificidad, que le lleva a reclamar un Estado propio. Hay que tener en cuenta que el nacionalismo es un sentimiento muy intenso, pues asume la salvación de la identidad del grupo, pero no solo eso: la felicidad de los miembros del grupo depende de la consecución del propio Estado.

También es, decíamos, fácilmente constatable entre los estudiosos la asunción de la imprescindibilidad del nacionalismo, pues la contribución de la nación a la aceptación del Estado, como una importante forma de legitimación del mismo, es innegable. Si la base de la lealtad política va más allá del mero utilitarismo –esto es, la convicción de que el Estado defiende nuestros intereses y derechos– es porque la nación establece vínculos políticos imprescindibles de solidaridad, pues el gobierno al que obedecemos es el gobierno propio, el autogobierno, el gobierno de la nación.

Igualmente es importante la contribución de la nación a la igualdad, sin la que la democracia no puede funcionar: la igualdad como condición jurídica esencial de los ciudadanos, que son lo mismo ante la ley, se asume mejor si partimos de que los ciudadanos de que hablamos se

asemejan de algún modo, en cuanto todos comparten la condición de miembros de la nación. El nacionalismo, además, puede considerase también la base del patriotismo, entendiendo por tal el afecto hacia la propia gente o tierra de uno y la dedicación al servicio leal a las instituciones de la comunidad.

Pero ir más allá en la consideración del nacionalismo es labor ardua, pues irremediablemente acaba por aparecer lo que llamamos su «pluralismo constitutivo», que hace difícil las generalizaciones: hay nacionalismos con Estado y sin Estado, lo que sirve para ilustrar la condición de los instrumentos a su disposición, y puede indicar su actitud respecto a la violencia; nacionalismos políticos o meramente ideológicos, según existan o no pretensiones institucionales de su parte; nacionalismos étnicos o culturales, en función de la homogeneidad del grupo territorial que lo afirma, etc.

Tampoco es fácil ponerse de acuerdo sobre la significación del nacionalismo como agente político, que para algunos sería el gran liquidador del imperialismo colonialista, después de haber actuado como causante de la ruina del antiguo régimen. Otros en cambio, como Kedourie, consideran negativo el componente desestabilizador del nacionalismo y contrastan la ventaja del orden del colonialismo sobre el panorama caótico tras la independencia. Del significado catastrófico del nacionalismo no se libra Europa, escenario tras 1919, dice nuestro autor, «de las posibilidades desastrosas inherentes al nacionalismo».

Son, en efecto, también variadas las perspectivas que pueden emplearse para la explicación genética del nacionalismo o la indagación de su causas. La vertiente

política de la nación queda explorada en el libro de Greenfeld *Nationalism*, sobre todo en su análisis del nacionalismo no étnico o cultural, esto es, la vía *(road)* de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, aunque yo encuentro muy útiles las referencias de Habermas sobre la cuestión, y que tan bien ha indagado entre nosotros Marta Rodríguez Fouz. Desde la sociología, la obra de Gellner sobre el nacionalismo, ya lo hemos dicho, atiende a la contribución de este movimiento para crear las condiciones propiciadoras de la industrialización y el desarrollo económico.

Pero la explicación definitiva del nacionalismo se debe al profesor Kedourie, que ha puesto de manifiesto su condición de «constructo» intelectual, de modo que los literatos, artistas y profesores no son un apéndice del nacionalismo –y que se limitarían a constatar la existencia de la nación–, sino sus propios creadores, y han construido el itinerario ideológico del nacionalismo en términos sumamente convincentes.

Hay una relación obvia del nacionalismo con los intelectuales que se desprende de la labor de difusión que una casta social, la *intelligentsia*, lleva a cabo en la comunidad. Los intelectuales son ese grupo de profesionales que viven, total o exclusivamente, del nacionalismo, pues se dedican a su propagación y difusión. Su tarea es, en suma, convencer a los integrantes de una sociedad determinada de que son un grupo humano diferente que merecen y necesitan un Estado exclusivo. Los intelectuales de que hablamos –poetas, músicos y artistas– acometen una doble tarea salvífica, pues no solo guardan y exaltan la identidad de la nación, sino que convencen a

los miembros de ésta de que su felicidad es, en realidad, necesariamente pública o política, pues es inalcanzable fuera o antes de la plenitud nacionalista, «cuando el hombre vive como miembro de una nación soberana». Se ve entonces que el vínculo nacionalista, cuyo propósito político e intensidad emotiva son tan fuertes, se apoya en los intelectuales no solo en el momento de su difusión sino en la hora de la creación. La ideología nacionalista desde esta perspectiva es una ideología especialmente artificial, no en el sentido de postiza o falsa, sino en cuanto que necesita de una construcción y esfuerzo teórico, en cuanto propuesta mental elaborada.

Elie Kedourie, como verá el lector, arroja luz especialmente penetrante sobre la dependencia intelectual del nacionalismo, que concentra en tres apuntes: la idea de autodeterminación, la referencia religiosa de la integración nacional y la crisis del sistema tradicional de legitimación política.

El nacionalismo, en primer lugar, se apropia del concepto de autonomía, que pasa de ser, en el universo kantiano, el criterio más alto de justificación de la propia conducta individual a convertirse en la facultad por antonomasia de la nación. Las naciones son comunidades territoriales que deciden por sí mismas sobre su modo de ser político, esto es, que se autodeterminan.

En segundo lugar, el nacionalismo se justifica porque significa la incorporación del individuo al plan divino que atribuye a cada comunidad una determinada misión de acuerdo con su personalidad propia para asegurar la pluralidad del universo. Para Herder, en efecto, una nación es una división natural de la raza humana, dotada

por Dios con su propio carácter, y que sus ciudadanos han de preservar pura e inviolable.

En tercer lugar, el nacionalismo remite a una justificación del gobierno que solo puede proceder de la misma comunidad, que no puede obedecerse sino a sí misma, y que ha de rechazar como extraño cualquier poder impuesto sin su consentimiento. Desde este punto de vista, el nacionalismo es una ideología basada en la teoría política del pacto, que se apoya en esfuerzos teóricos como los de Locke y Rousseau. Así, se ha podido escribir, una vez se acepta que la soberanía reside en el pueblo, que cualquier grupo que se considere a sí mismo constituyendo un pueblo diferenciado, cree tener derecho a crear su propio Estado de modo incontestable.

Claro que el nacionalismo, como sentimiento que es, debe ser controlable, pues le acecha la desmesura y no es raro que se convierta en pasión. Entonces incurre en la desfachatez, y puede acabar en el ridículo: pretender lo insensato o, todavía más patético, buscar lo que ya se tiene. La pasión nacionalista obnubila, de modo, decía Orwell, que «el nacionalista frecuentemente deja de estar interesado por lo que ocurre en el mundo real». El nacionalismo debe, entonces, volver al patriotismo, «un noble sentimiento de lealtad a un sitio y a un modo de vivir».

Juan José Solozabal
Catedrático de Derecho Constitucional UAM

Nacionalismo

Nota editorial

Elie Kedourie murió de repente y de forma totalmente inesperada el 29 de junio de 1992. Estaba inmerso, como siempre, en multitud de proyectos. Como *fellow* del Centro Internacional Woodrow Wilson de investigadores, en el que pasó el último año de su vida, se sintió lo suficientemente liberado de otros compromisos para dedicar la mayor parte de su tiempo a un libro sobre el conservadurismo que le había ocupado durante muchos años, pero que desgraciadamente no podría completar.

Una simple mirada a las conclusiones de este libro sobre nacionalismo, escrito hace más de treinta años, muestra que sigue siendo tan válido hoy como cuando vio la luz. Que tanto sus puntos de vista como los acontecimientos históricos no hayan perdido un ápice de solidez después de todo este tiempo no hace más que acentuar el pesar por su pérdida, pues su reflexión sobre las cuestio-

nes históricas o contemporáneas ya no podrá iluminar a sus lectores. Entre sus papeles encontré el ensayo que sigue, que, además de servir como introducción a esta nueva edición de su *Nacionalismo,* es un texto, a la vez que clarividente, de precisión característica.

Elie Kedourie siempre mostraba su perplejidad por los sutiles matices de las clasificaciones que gran número de pueblos atribuían a los demás o de las que eran objeto por parte de otros. Le preocupaban las etiquetas que identifican las filiaciones «nacionales» de los grupos. Su principal inquietud residía en la seguridad de los individuos, ya que siempre percibió con claridad la amenaza que suponía para ellos la imposición de clichés ideológicos; lo fundado de esta preocupación lo corrobora lo que hoy se llama «limpieza étnica». La utilización de palabras con connotaciones de purificación ritual hace más llamativo el fenómeno actual.

Los cambios en la identificación son de mayor intensidad cuando los que cambian de identidad nacional habitan las zonas limítrofes al modificarse las fronteras una y otra vez. No faltan en Europa lugares de esta naturaleza, cuya población residente se encuentra periódicamente bajo diferentes banderas.

Al incluir la introducción que sigue me gustaría llamar la atención del lector sobre los cuatro últimos párrafos, que muestran el pensamiento del autor en torno a estas cuestiones tan actuales. Aparecen numerados y pretendían servir de recordatorio para una elaboración posterior. Desgraciadamente, Elie Kedourie no pudo desarrollar estas ideas por escrito, pero he decidido dejarlo todo como lo encontré de su puño y letra,

borrando únicamente la numeración del uno al cuatro. En este punto sí solicito la indulgencia y comprensión del lector.

Para finalizar, me gustaría confesar que, en medio de la pena, me complace sobremanera que la nueva edición de uno de sus libros mantenga viva su memoria. Por eso agradezco a Blackwell Publishers, y en especial a Simon Prosser, la publicación de esta edición conmemorativa.

Sylvia Kedourie
Primavera de 1993

Introducción a la cuarta edición

El nacionalismo ha regresado una vez más al primer plano. El colapso de la Unión Soviética con los correspondientes conflictos en el seno de sus antiguos componentes, y de ellos mismos entre sí, ha significado la desaparición de una entidad política unificada por los zares y legada a los bolcheviques, que se han revelado incapaces de mantenerla. Hay una triste ironía en el colapso de Yugoslavia, donde una feroz guerra civil enfrenta a serbios, albaneses, croatas y bosnios. Yugoslavia se formó después de la Primera Guerra Mundial como respuesta a un supuestamente ferviente deseo de la nación de los eslavos del sur (Yugoslavia) por conseguir la unidad nacional a la que estaba predestinada, pero de la que la rapacidad y la opresión conjuntas de otomanos, austríacos y húngaros la habían privado.

En modo alguno son estos los únicos conflictos nacionalistas que se han encendido desde el final de la Segunda

Guerra Mundial, pero como el derrumbe de la Unión Soviética es el derrumbe de una superpotencia, y Yugoslavia es un Estado europeo, los conflictos que han surgido recientemente, esto es, en los últimos tres o cuatro años, han impresionado con particular fuerza a Occidente. Tales conflictos han trasladado una vez más al primer plano la cuestión del nacionalismo, con su problemática correspondiente, de modo muy agudo y de forma desconocida en las décadas recientes. Para mí se trata de un desarrollo llamativo.

Publiqué *Nacionalismo* en 1960. Realmente se trataba de una serie de conferencias que había pronunciado en la London School of Economics durante los cinco años anteriores a sugerencia de Michael Oakeshott, a la sazón director del Departamento de Gobierno, quien así me lo pidió cuando entré en el Departamento como profesor ayudante en octubre de 1953. No sé en qué pensaba cuando hizo esta petición. Por mi parte, formado como estudiante en la historia de las ideas, afronté la tarea precisamente como un problema de historia de las ideas. No había tenido mucha oportunidad de pensar en el tema con anterioridad, y desde luego no creía que el nacionalismo fuera un tema acuciante en aquel momento, y dudo que Oakeshott lo viese desde otra perspectiva. Pienso, más bien, que consideraba que era un problema de la historia de las ideas que tenía suficiente peso y dificultad para que mereciese la pena presentarlo a los alumnos a fin de ampliar sus horizontes intelectuales y ensanchar sus mentes. Había en esto, pienso, un paralelismo con otras categorías integrantes de la experiencia política del mundo occidental; cuestiones como la situación

de la soberanía, de la representación o de la secularidad, que habían surgido en Occidente, pero que se han extendido ahora al resto del globo.

En cualquier caso, este era mi enfoque del tema, como resulta evidente si se echa una simple mirada al libro. De sus seis capítulos, cinco están dedicados a referir los orígenes intelectuales de esta ideología, así como a examinar sus tesis fundamentales, sus consecuencias e implicaciones. Tanto las ideas maestras como sus implicaciones aparecen desplegadas plenamente como muy tarde en 1848, un año considerado como «la primavera de las naciones» y que contempló, entre otras muchas cosas, un gran incremento de las reclamaciones y aspiraciones nacionalistas.

Solo los dos últimos capítulos se ocupan de la historia política del nacionalismo, por contraste con su historia intelectual. Esta historia política implicaba una variedad de ambiciones y cálculos por parte de los Estados (y grupos sociales) que aspiraban a la independencia en un entorno internacional en el que se imponía cada vez más un estilo ideológico de la política. La culminación de este estado de cosas se dio, a mi parecer, durante la Primera Guerra Mundial y los años siguientes, cuando aparecieron en la Europa del Este y en el Oriente Medio un buen número de Estados que declaraban estar basados en el principio nacional. Igual de importante en ese sentido es que los años que siguieron a 1914 vieron el reconocimiento explícito en el derecho internacional de una idea moral, a saber, la del derecho a la autodeterminación nacional.

Tanto en 1953, cuando comencé a reflexionar sobre el tema, como en 1960, cuando se publicó el libro, consideraba